

KAWASEIJO-SEIGAMI
CHĪSAI MONOGATARI

Parte I: Lo que queda de Chaika-chan

Me despierto en la más profunda oscuridad. A pesar de tener los ojos abiertos, no puedo ver nada. ¿Estoy a oscuras o he perdido la vista? Es más, ¿dónde estoy? Esto no es mi casa, estoy segura. Yo siempre duermo con algo de luz entrando por mi puerta de papel, ya que está orientada al este y casi siempre la luna acompaña mis sueños. Intento hablar, pero no me sale la voz. Tampoco puedo oír los ronquidos de padre. Esta extraña situación me está empezando a dar miedo. ¿Es un sueño? Me agacho hacia el suelo, pero no es el tatami de mi casa, es un suelo de piedra. Está templado. Golpeo la mejilla con la superficie áspera, y en efecto, siento dolor.

Esto ya no me parece un sueño. No oigo nada, salvo mi corazón, que cada vez suena más rápido. Me estoy poniendo nerviosa. Trato de tumbarme en el suelo para apoyar la oreja buscando sonidos. Nada.

—¿Qué está pasando?—Digo en voz alta, sin darme cuenta, mi voz ha regresado. Nadie responde y no veo nada.

Dios, no entiendo nada. Dios, no entiendo nada. ¿Qué está pasando? Estoy empezando a llorar, noto las lagrimas en mis mejillas. Sollozo, en voz alta. No sé si llamar por ayuda. A ver, no. Céntrate Chaika. Esto sólo puede ser un sueño. No puede ser que me haya pasado algo y yo no me haya enterado. Seguro que es un sueño, y me está costando despertar, madre está en la habitación de al lado. No pasa nada... No pasa nada...

Como parece que no despierto, es mejor tratar de caminar a ver si llego a la pared, la recorreré para ver lo grande que es esto. Me pongo en pie, doy un par de pasos, notado que estoy descalza y, de hecho, desnuda, antes de tocar con el pie algo frío, algo metálico. Lo toco con los dedos de los pies y parece una moneda, pero es más grande de lo que debería ser un koban. Doy un paso más y mi cara se golpea contra la dura y tibia pared. Es diferente de la anterior, parece de barro. Me he hecho daño suficiente como para que un hilo de sangre asome de mi nariz y camine a mis labios. Trato de golpear la pared con la frente suavemente, y no suena hueco. Me arrimo a la pared, tocándola con mi hombro, y me dispongo a caminar siguiéndola. Uno, dos, tres, cuatro... Acabo de pisar algo mojado. ¿Qué es esto? ¿Es agua? Está frío. Trato de agacharme sin caerme para olerlo, pero no huelo nada. ¿Debería probarlo...? Mmmm. Es demasiado repugnante.

Sigo caminando. A cada paso que doy, más rápido me late el corazón. Once, doce... Esta estancia es grande en demasía para estar vacía. Y no se ve nada. Trece, catorce... Otra vez

acabo de pisar algo mojado. Veintidós, veintitrés... Acabo de pisar mojado otra vez. Esto no puede ser. ¿Estoy... dando vueltas...? Pero la pared no parece curvada... Se me ocurre una idea. Mojo la pared y comienzo a caminar. Noto de nuevo el suelo mojado a los treinta y un pasos. Toco la pared ... Y está mojada. Sí, estoy caminando en círculos. Me quedo sin ideas. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que desperté, sólo quiero llorar y que esta pesadilla demoníaca se acabe. ¿Qué puedo hacer?

Al rato, se me ocurre otro plan. Puedo seguir lo mojado para averiguar el origen del líquido. Busco de nuevo donde pisé por primera vez el charco, de nuevo, no puedo evitar que mi pie quede desagradablemente empapado. Piso alrededor, con la esperanza de que sea un reguero y no un simple charco. Para mi sorpresa, un alargado rastro húmedo lo precede, y eso me permite ir siguiéndolo, con la esperanza de que sea un curso de agua, de que esto sea tan sólo una cueva, de poder salir de este lugar. A cada paso que doy, mis piernas tiemblan más, y mi corazón parece desbordarse de mi pecho. Estoy sudando. Empiezo a notar calor, pero al mismo tiempo una humedad extraña se pega a mi cuerpo. Avanzo más, y la humedad parece que entra en mis pulmones sin invitación, como si me estuviera envenenando con un miasma que no puedo ver...

De pronto, piso algo más sólido, caliente pero también húmedo, de la misma textura que la pasta de arroz. Piso de nuevo y retiro el pie inmediatamente. No me atrevo a apretar. Un escalofrío recorre mi espalda cuando me vuelvo consciente de que sea lo que sea, está palpitando. Está vivo. De pronto, lo oigo moverse, arrastrarse en la humedad, haciendo el mismo sonido que las vísceras de un animal cazado cuando padre lo limpia. Una arcada viene a mi boca, pero me contengo. De pronto, el monstruo suelta un suspiro, un lamento compuesto de varias voces que revuelve mis entrañas y mi más profundo ser.

Caigo. Caigo al suelo y me quedo en la nada. Comienzo a temblar sin control. Oigo a la criatura cada vez más cerca de mí, respirando con ese lamento constante. Cuando noto cómo entra en contacto con mi faz, cierro los ojos, y le pido a la muerte que por favor sea rápida. No quiero sufrir. Si tengo que morir, que sea sin sufrir... ¿Sin sufrir?

– ¿Ya lo recuerdas, pobre alma infantil? Te ayudaremos, no temas, del sufrimiento no puedes huir... –Dice la voz salida de los entresijos del infierno.

El monstruo me envuelve. No me puedo mover. Ya no puedo respirar. Sólo puedo oír un sonido húmedo y viscoso que me rodea por todas partes, que penetra por todos los orificios y que pasa a ser parte de mi interior, como si estuviera de nuevo en el vientre de madre, envuelta en líquido amniótico, antes de nacer... Y los recuerdos vienen a mí.

Parte II: Una sola

Recuerdo que, este año, la época de lluvias comenzó demasiado pronto, y aún no termina. Recuerdo los extensos campos de arroz, que habitan y ordenan la planicie del antiguo pantano, y su belleza cuando la quietud del agua refleja la luz del sol al atardecer. Pero este año, la lluvia constante nos ha prohibido esa maravillosa vista. Este año, la lluvia también nos niega el fruto del esfuerzo de todo nuestro pueblo en la siembra y cuidado del arrozal al arrebatarnos la cosecha, ahogada lentamente hasta pudrirse en el agua. Este año, se sobrepone la sensación de desasosiego cuando, cada día al despertar, el cielo sigue brindándonos más lluvia. Según se aproximan el invierno y el nuevo impuesto de nuestro señor.

Esa sensación se combina con mi desesperanza por las complicaciones de mi matrimonio arreglado, pues Sakishima, mi prometido, desea ser samurái por la guerra de nuestro señor, sin atender a los sabios consejos de su madre de casarse antes y, por lo menos, asegurarse de dejar un heredero. Un consejo que acepto de buen agrado, pues comprendo que teme que mi vida termine siendo un reflejo de la suya, aunque se adelante la edad de mi primer parto.

Tras eso, comienzo a recordar cómo los ancianos llaman a mi casa, pidiendo hablar con mi padre, diciéndole que, en favor de subsanar las pérdidas de las cosechas, habían decidido recurrir a los antiguos textos. Es conocido por todos que, dos siglos atrás, nuestro pueblo fue maldito por un monje que llegó en un día de tormenta y no encontró refugio en él por el miedo a la plaga. El monje murió y maldijo el pueblo, afortunadamente, un sabio solucionó la maldición rogando al Dios del Río, Kawagami, parar las lluvias mediante un ritual, reflejado en los rollos sagrados, que se siguen con exactitud cada vez que la maldición vuelve y que parecen ser lo único que puede aplacarla.

Tras escuchar a los ancianos hablar con mi padre averiguo, con gran horror, que yo había sido elegida por Kawagami entre las diez candidatas, expresándose Dios a través de unos dados sagrados. Contemplo con horror cómo mis padres asienten ante las explicaciones de los ancianos y les ceden el paso. Entran en mi casa y me atrapan mientras trato de escapar.

– ¡No! ¡Por favor, suéltense! –grito con desesperación, me giro hacia mis padres mientras me arrastran por la puerta– ¡Padre! ¡Madre! ¡Ayuda!

Noto que mis padres miran a través de mí, sin rastro de amor o compasión. Ambos se dan la vuelta, ignorándome. Padre parece aliviado, quizá porque ya no tendrá que pagar la dote. Y me rompo por dentro. Sólo llego a contemplar a madre sujetando a mi hermanito, que se deshace en lágrimas, antes de doblar la calle y perderlos de vista, seguramente para siempre.

Allí nos espera un carro, al que me suben tras atarme las manos. Recorremos el pueblo, en el que todos nos conocemos, mientras que los habitantes agradecen mi sacrificio en una sublime reverencia al paso del carro. Tan sólo mi supuesto futuro esposo caminaba suplicando hacia mí, siendo retenido por su madre y amigos, y con lágrimas en los ojos. Lo miro hasta que queda atrás.

Llegamos al templo, y recuerdo que todo está en silencio salvo por el sonido de la lluvia y de nuestros pasos en el suelo embarrado, que ensucia nuestras largas ropas. Tras entrar en el templo, iluminado por antorchas de fuego, preparado para el ritual, uno de mis asesinos me agarra del cuello y nos adentramos en un angosto pasillo que custodia una puerta de madera negra, cerrada por muchas cuerdas y cuyas juntas quedan cerradas por antiguos sellos.

Los ancianos abren la puerta y un nauseabundo olor a muerte y podredumbre se abre paso agresivamente hacia nuestras mentes. Me lloran los ojos. Es olor a agua sucia, a sufrimiento, a miasma. Los ancianos me empujan hacia la oscura habitación, y caigo de rodillas. Entran tras de mí, cubriendo sus caras con sus mangas, con una antorcha como única iluminación. Uno de ellos agarra mi brazo, me obliga a ponerme en pie y caminar hasta el fondo de la estancia. Llegamos hasta lo que parece una tumba, del tamaño de un baúl. Sus paredes son de barro, se apoyan directamente sobre el mismo suelo de piedra que piso, y una gruesa losa marmolada sella su horrible contenido, pero sus bordes irregulares no pueden impedir que el olor se escape e inunde la sala, cerrada desde hace por lo menos 30 años.

Es al contemplar la primitiva estructura que comprendo, con pesar, que ningún adulto podría caber allí, y sólo un infante de mi edad o menor podría caber en posición fetal. Los ancianos empujan la losa. El sonido de la piedra sobre el barro me provoca un escalofrío siniestro. Cuando la losa cae, la visión del cadáver de la anterior víctima hace que sea como si la losa aplastase mi espalda, y no lo puedo remediar. Caigo de rodillas, llorando, tapando con mis manos mi cara en un intento de ahogar mis gritos. El cuerpo en la tumba tenía los huesos retorcidos en un gesto de sufrimiento indescriptible, con restos desecados de color oscuro adheridos al suelo y las paredes, acompañados de pelo. Los ancianos arrancan, con un obvio desagrado, el cuerpo, que se rompe en pedazos.

Comienzo a suplicar perdón. Pero los ojos de los ancianos me atraviesan sin mirarme. Entre todos comienzan a desgarrar las ropas que visto. Una vez desnuda, de nuevo soy incapaz de mantenerme en pie, como un perro, gateo hacia la puerta sabiendo que mi final no puede evitarse. Los ancianos me agarran, en volandas me meten en la tumba infantil y, asiéndome del cuello, me obligan a tomar posición fetal para poder proceder a colocar la losa de nuevo en el lugar al que le corresponde. Los restos de la muchacha anterior se pegan en mi piel desnuda. Me dan náuseas. Miro hacia arriba al oír a la muerte, al oír el sonido de piedra rozando la pared de barro, el sonido de la losa cerrando la vía hacia la vida. Suplico de nuevo, inútilmente. Por el borde de la lápida, antes de cerrarse, se despide el último haz de luz. Y quedo a oscuras.

Oigo los pasos de mis asesinos alejándose. Oigo cerrarse la puerta. Oigo cómo colocan la cuerda y los sellos. Antes de lo que espero, desaparece el sonido, y sólo queda mi llanto. El olor a podredumbre comienza a grabarse en mi mente, insoportable, nauseabundo. En mi piel puedo sentir el suelo y las paredes frías, húmedas y pegajosas. Lloro, durante no sé cuánto tiempo. Luego pienso, y tampoco se decir por cuánto tiempo. Pero sé que pienso en la crueldad de mis padres, en la frialdad del pueblo, en la maldad de los ancianos, en cómo aceptan mi sacrificio para un Dios que no atenderá a súplicas de humanos.

Comienzo, en un cierto punto, a sentirme culpable. ¿Soy demasiado egoísta? ¿Debería estar orgullosa de que quizá mi muerte signifique la salvación de mi pueblo?

Luego comienzo a negarlo. No puede ser. Eso no funcionará, e incluso si lo hace, yo soy inocente. Hay criminales que merecen esto mucho más que yo. De hecho, sólo por ser tan crueles, ¿no merecerían todos ellos perecer por hacerme pasar por semejante tortura? ¡Ellos merecen morir más que yo!

Después comienzo a odiarlos. Los odio porque ninguno lo impidió. Los odio porque para ellos mi vida entera es menos importante que el estúpido arroz y el corrupto y necio nuevo señor de las tierras. Comienzo a desear que, ojalá, el ritual haya sido en vano y que todos hayan muerto de hambre, como lo estoy haciendo yo, que el agua se vuelva cieno y mueran de sed, como lo hago yo.

Deberían pagar por lo que me han hecho.

– ¿Ya recuerdas, niña? – Entona la pregunta con inquisición maliciosa la voz de ultratumba, y vuelvo al momento actual –. Está bien... que lo hayas recordado... Nosotras sabemos... el dolor que has pasado... queremos que sepas que no has sido la única... a la que han sacrificado.

– ¿Quién eres? – consigo preguntar con mucha dificultad.

– Somos... las demás. No te aflijas. Nosotras también fuimos... inocentes niñas. Somos... doce, y sólo nos falta una... para renacer y conseguir... la venganza más oportuna. Te unirás con nosotras... ¿verdad?

– ¿Renacer? No entiendo qué significa eso.

– Eso es porque aun no has aceptado... que aun no puedes notar... al odio que nos ha tomado... ni la fuerza que al Dios ha matado... Aun no sientes el ki... de nuestro venenoso miasma... listo para tener forma física... y tomar venganza...

– Venganza... qué bien suena eso... Creo que no cabe duda que, ya que he muerto, lo que más atractivo me resulta es que todos paguen por lo que me... nos han hecho.

– Parece que todas decidiremos... el precio justo que han de pagar... pero antes es preciso que plantemos... nuestros recuerdos en un solo lugar... Una sola mente... que sólo odio y venganza siente...

De pronto, noto cómo mi cabeza se llena de recuerdos que no conozco, de personas nuevas, de sensaciones que nunca había conocido, de registros de otras épocas... Siento nostalgia por paisajes que se me muestran por primera vez, desconsuelo por muertes que nunca he visto... Nuestras emociones se funden... Ya no sé muy bien cuál de nosotras soy yo... ¿Quién era yo? ¿Era Kakuya? ¿Mihuge? ¿Sen? ¿Chaika? ¿Renka? ¿Sayumi? ¿Teruko? ¿Koshohagi? ¿Miko? ¿Harumi? ¿Ako? ¿Sarumi? ¿Omisaki? No lo sabemos. Lo único que sabemos es que, de entre todos los recuerdos, de entre todas las emociones, es el sufrimiento, es el dolor de nuestras

almas, es el odio, es el deseo de hacer pagar por todo ello, es todo eso lo que nos une, es lo que nos permite adquirir esta forma, es lo que nos permite ser... una sola.

Parte III. El monstruo cenagoso de Hakoke

Es una mañana soleada de otoño. Me preparo apresuradamente para ir con padre y ayudarlo a recoger el arroz. Padre ya tiene 56 años, es uno de los hombres mas mayores del pueblo, y a pesar de mi insistencia para que se quede en casa descansando, su rígida firmeza y honor lo obligan a seguir trabajando. Seguramente, padre trabajará hasta el fin de sus días. Si mi hermana viviera, ella... No, mejor no pensarlo. Hace ya 19 años. Mejor no pensarlo más.

Salgo de casa y camino la senda de arena y barro que divide los arrozales. El sitio de hoy queda bastante lejos, así que decido dar la vuelta para buscar el carro, pues estoy casi seguro de que padre no lo ha cogido. Con el carro a cuestas, recorro las llanuras doradas, que reflejan la luz del sol al amanecer, hasta llegar a la que padre está cosechando. Sin mediar palabra, me sincronizo con sus movimientos y comienzo la ardua tarea.

Tras un día de duro trabajo, con la cosecha cargada en el carro, tiro de él, caminando junto a padre. Regresamos a casa.

– Okuto, lleva este poco de cosecha y ofrécelo a Kawagami –pregunta padre–. Es mejor renunciar a un poco de arroz que hacer a Kawagami enfurecer de nuevo. Pero estoy muy cansado, ve en mi lugar.

– Claro, padre –contesto asintiendo con la cabeza, sorprendido y feliz de que delegue alguna responsabilidad en mí.

Tomo un poco de la cosecha y camino al templo. Hace tiempo que del templo sólo se encarga una persona, el hijo de uno de los ancianos que lo cuidaban. Está sentado en el porche de fuera, lo saludo a la entrada con una reverencia respetuosa y me adentro en la sala principal. Es la primera vez que entro aquí desde hace casi 15 años. Mientras rezas, el campo no se cultiva, como dice madre.

Repentinamente, noto un olor extraño, y un susurro. Miro a mi alrededor, pero no veo nada. Me levanto, alertado, y curioseo toda la sala para averiguar la procedencia. ¿Quizá es Kawagami agradeciéndome? Estoy a punto de rendirme cuando reparo en que una de las puertas laterales está entreabierta. Sé que no debo, pero no puedo reprimir mis impulsos de curiosidad y entro. El olor se intensifica. Es un pasillo, con una puerta sellada al fondo. De pronto me recorre un sudor frío. No sé por qué, pero hay algo que me atrae, que me obliga a acercarme más y más... Casi sin ser consciente de lo que hago, retiro las cuerdas y sellos, y abro la puerta. Un olor repugnante se adentra en mi mente, y más lúcido ahora, se asienta profundamente en mí la idea

de que algo turbio ocurre. Entro en la sala, iluminada sólo desde afuera, y llego a una especie de baúl de piedra.

– Ábrelo... por favor... ayúdame...

Una voz que viene de dentro ata mis pensamientos y, casi de inmediato, comienzo a retirar la losa.

– ¡No, detente! – Oigo al monje suplicar tras de mí.

Pero ya es tarde. La losa es propulsada violentamente hasta golpear el techo y cae al suelo. Una figura negra, maloliente, que parecía expulsar puro veneno desde su cuerpo sale del interior y, casi tan fugaz como un rayo, sale de la estancia, arrojando al monje por el camino, y desaparece. El monje y yo, aun conmocionados, salimos tras él, pero fuera del templo no queda ni rastro. ¿Qué era aquello? ¿Un monstruo? ¿Un yokai? Es imposible, con la protección de Kawagami... En este momento, temo realmente haber despertado algo que debería haber estado dormido para siempre, idea que se refuerza al ver las heridas sangrantes en el pecho del monje.

Ya en casa del doctor, reunidos muchos vecinos del pueblo, alarmados por el estado en que había transportado al monje en mi espalda, éste y yo relatamos lo que hemos visto. Me percató de que todos los ancianos palidecen, pasan de la furia al temor.

– Deben contarnos a todos lo que está sucediendo. Si no, no podremos solucionarlo. Vivimos casi cien personas en este pueblo, y todos corremos peligro. ¿Entienden?

Ante la contundencia de mi afirmación y el refuerzo de los jóvenes hacia mi argumento, el doctor nos convoca a todos en el mercado central al amanecer.

Allí nos reunimos todos y no falta nadie. Allí el doctor, de más edad que mi padre incluso, nos ofrece un relato espantoso, sobre aquella estúpida superstición que habían seguido por siglos, sobre las niñas sacrificadas, sobre los textos y sobre milagros...

Sobre el destino de mi pobre hermana...

Nadie culpa a los ancianos por ello, pues en el fondo, su intención siempre fue salvar al pueblo. Este día pasa lenta y pesadamente y las pesadillas me hacen su presa por la noche.

Al día siguiente, es una mañana soleada de otoño. Como cada mañana, me apresuro a acudir a ayudar a mi padre. Pero al ir hacia los campos de arroz, descubro que todo está cubierto de una neblina oscura. El agua transparente y en calma se ha convertido en barro. Los tallos de arroz se pudrirán en tan solo un par de días.

– ¡Okuto! –me llaman– ¡Tu padre! –exclama señalando uno de los arrozales.

Me giro rápidamente y veo el cuerpo de mi padre en el primer arrozal del camino. Está muerto. Finalmente, su rectitud le ha llevado a la muerte. Reprimo las lágrimas. De pronto, se oye algo arrastrarse por dentro de la tierra. Hace frío. Una masa de fango se eleva al lado de mi padre y

del barro asoman dos enormes fauces, reptilianas, que atrapan el cuerpo de padre y que lo arrastran hacia abajo. Como si se tratara de un pez gigante, el dorso de la criatura, indistinguible, barroso, pasa por la superficie antes de adentrarse en el cieno, como si en vez de un arrozal aquello fuera un lago de fango. De pronto, nos volvemos conscientes de que, esta vez sí, estamos malditos de verdad. De que el arrozal de Hakoke es ahora una ciénaga, hogar de un gran monstruo vengativo que odia nuestro pueblo.

Parte IV: Sakishima el valiente

Tras recibir una desesperada misiva pidiendo ayuda, llego a Hakoke, dos días después. Tuve que pedir permiso a mi señor, pues el ejército es exigente, pero la historia lo conmovió y me dejó partir. En la entrada me espera un hombre. Al acercarme, apenas reconozco a Okuto. Está delgado, pálido, consumido... Me relata lo que ha pasado en los últimos dos meses con el yokai, llamado "O-Fukukirai", mientras caminamos. Pero no necesito más que mirar para comprender el nivel de la tragedia. El pueblo apesta a muerte. Dentro de las casas oigo llantos, veo a madres cargar sus infantes muertos, sangrantes, en brazos, para depositarlos con ternura en la pila de cuerpos que se acumula a la entrada del pueblo. Siento ganas de vomitar.

– Todos los que han muerto comieron del arroz –explica Okuto–. No nos ayuda nadie por temor a una nueva plaga. Además, muchos han desaparecido... Nuestro señor ya no enviará más comida –dice, mirándome a los ojos–. Eres nuestra esperanza.

Ya no queda nada del pueblo que una vez conocí. Todo está muerto. Llegamos al arrozal. No es nada más que un pantano apestoso rodeado de un intenso miasma. Huele a odio y a sangre.

– Necesito que salga para poder matarlo. ¿Cómo puedo conseguirlo?

– Yo sólo lo he visto al salir a comer... el cuerpo de padre.

– ¿Es grande? –pregunto tras una pausa–.

– Más grande que un carro. Y tiene forma de serpiente.

Asiento.

– Okuto, ya sé cómo mataremos al O-Fukukirai.

Parte V: odio, amor y muerte

Nos revolvemos en regocijo. Nuestro deseo está casi cumplido. Pronto, todos los estúpidos humanos del pueblo morirán. Son criaturas necias que no merecen lo que Kawagami hizo por ellos. Les protegió por siglos y, a cambio, solo lo dañaron. Tan avariciosos fueron que tomaron demasiada agua para el arroz a lo largo de todo su curso, secando las tierras más abajo, debilitando al dios, haciendo que Amegami aumentara las lluvias con la esperanza de salvarlo, cosa que desconsolaba a Kawagami, pues aumentaban los sacrificios. Ahora, la muerte del Dios nos permite a los yokais obrar.

De pronto notamos cómo cae al barro un cuerpo que intenta regresar a la orilla. Oh, pobre. No se lo permitiremos. Subimos, sólo guiadas por el movimiento, pero la víctima escapa. Abrimos los ojos. El cuerpo no está, y lo que vemos en su lugar es a un hombre obligando a una niña a subir a un carro...

Enfurecemos. Nos abalanzamos gritando, gruñendo, con las garras por delante, furiosas, desconsoladas porque los humanos se niegan a entender. No se supone que debemos sentirnos así, pero las emociones nublan nuestra razón, y atacamos. Antes de llegar al carro, nuestro cuello se tuerce hacia atrás bruscamente. Miramos atrás y vemos a un hombre que sostiene una cuerda atrapada en nuestros cuernos y otro más cerca. Comprendemos instantáneamente que es una trampa. Una lanza, arrojada por el más cercano trata de clavarse en nuestro cuello, pero el grueso y largo pelaje se lo impide. No pensamos huir. Nos damos la vuelta, furiosas por esta insolencia, la sangre caliente recorre todas nuestras escamas. Nos erguimos con las extremidades traseras y nuestro cuerpo reptiliano queda muy por encima de la altura de los hombres. Rugimos. El hombre armado desenvaina su katana, listo para atacar. Nosotras nos balanceamos suavemente de lado a lado.

De pronto, al mirar al muchacho de la cuerda, una de nosotras se estremece, su alma tambalea. El samurái arremete y esquivamos el corte mientras le golpeamos con la cola. Su espalda sangra. Se vuelve hacia nosotras y, de nuevo, un alma se nos estremece. Tocamos el suelo de nuevo con las manos y retrocedemos, pues al mirar el rostro de ambos no percibimos rabia sino una mezcla de deber, honor y desasosiego. No. No podemos permitir que nos maten de nuevo, que acabe nuestra venganza. Pero ante estos pensamientos, de entre nosotras, notamos que alguien, Chaika, retrocede en su determinación. Al ser solo el odio lo que nos une, y comenzar ella a dudar, se desprende levemente de nosotras. Y por ello, nuestro cuerpo se debilita.

El samurái parece notarlo y toma ventaja, abriendo la piel de nuestra cabeza y cuello por un lateral, nosotras clavamos nuestras garras en él, mientras que el muchacho que nos ata se impacta contra el carro y se le clavan las tablas en el abdomen. Nuestro cuerpo cae al suelo.

Tras notar el filo desgarrar nuestro ser recordamos el dolor, pero Chaika no es lo que siente. Ella siente pena... está llorando. Pero al mismo tiempo, está aliviada.

Sin saber cómo, brota potentemente esa emoción en todas nuestras almas.

Comenzamos a recordar cosas... imágenes alegres de nuestras vidas y con los que las compartimos, sus sonrisas... recuerdos que antes eran tristes, ahora son de nostalgia y de... ¿felicidad?

No, no es eso.

Sabemos lo que es.

Recordamos...

Amor.

Las almas estamos cambiando. En el fondo, somos una llama que intenta arder mientras la sopla la venganza.

Al abrir los ojos, sentimos mucho dolor. Sakishima yace muerto a nuestro lado, pero Okuta sostiene su espada y nos ha apuñalado en el pecho, aunque su muerte es inminente. Chaika lo mira a los ojos.

– O... Okuta... perdónanos... –dice Chaika, torpemente.

Okuta asiente mientras las lágrimas se desbordan... sonrío... y se desploma mientras su corazón se detiene.

Nos levantamos con dificultad, con nuestro cuerpo eventrado y sangrante. Nos vamos al río, el agua fría ayuda a caminar sin rozar demasiado el suelo con las vísceras, y lo seguimos hasta el bosque. Caemos. Solo estamos nosotras con el sonido del bosque, el agua y la muerte.

– Nuestra existencia ha sido un sinsentido, como si no valiera nada lo que hemos vivido.

– Odio que genera venganza, sólo en eso pensábamos, y que, si al pueblo entero matáramos, íbamos a tener esperanza.

– No creo que sea así –alega Chaika. Las demás centran su atención en ella– ¿No lo notáis?

“Nos estamos uniendo todas de nuevo, nos estamos fundiendo con el agua, con la roca. Nos estamos purificando. Porque nosotras, todas, en el fondo, entendíamos que el bien del pueblo estaba en juego y nos pareció egoísta, pero también sabemos que no hubiéramos protestado si, en vez de a nosotras, le hubiera tocado a otra. Durante muchos años más que yo, encerradas en aquella tumba, olvidasteis aquello que amabais. Pero, ahora que conocemos y compartimos recuerdos, gracias a mi hermano y mi prometido lo hemos recordado. Ellos han sido la compensación, destinados a poner fin al yokai para que renazca un dios. Pensad, estamos en paz porque comprendemos, al fin, que odiamos y amamos a los humanos de igual manera. ¿No os parece maravilloso fundirnos de nuevo, esta vez definitivamente, y que nuestro final sea a manos del amor? ¿No es sino por obra del destino que Kawasaijo-seigami, “la diosa del río que juzga la verdad”, la nueva diosa protectora, seamos producto de algo como O-fukukirai? Nuestro destino no era morir por un dios, sino convertirnos en uno”.

Prólogo

El maestro de obras, cansado, llega al sitio de construcción. Va a ser fácil. Para cumplir con el contrato, deben realizar una excavación y eliminar el río. Es tan solo un pequeño ramal del río Abukama, nada importante. Se baja del coche y se dirige al río. De pronto, al subir unas escaleras para llegar a la orilla, se topa con un montón de gente. Son los vecinos de la localidad. Están de brazos cruzados y varios ancianos lloran arrodillados ante un pequeño templo de aspecto muy antiguo. La gente le explica la historia del templo de Kawasaijo-seigami y comprende la importancia del lugar para aquellas personas. Tras un rato, decide volver al coche y llamar a su jefe. Pero éste no lo duda. El contrato es inamovible.

Una semana después, los vecinos contemplan con pesar cómo el templo de su diosa es destruido y reducido a un simple montón de madera y rocas. De esos restos, cada vecino decide quedarse con una parte, esperando que Kawasaijo-seigami siga cuidando, al menos, de ellos y de la ciudad.